

# 1 – Justicia

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez

**Mateo 5: 6 = Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.** Me pregunto en esta hora y te pregunto a ti también, donde quiera que residas: ¿Estás saciado respecto a la justicia que impera en tu lugar de residencia? No me respondas, sólo cree. La Nueva Traducción Viviente dice casi lo mismo, pero en un idioma casi de la calle, del que oyes a cada paso: **Dios bendice a los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.** Punto. No es necesario repetir la pregunta inicial. La palabra **justicia** es una de esas pocas que, aun cuando parecen simples, contienen en su interior una profundidad casi inagotable. Se la pronuncia en los tribunales, en las protestas, en muchas conversaciones familiares y también en la intimidad de la conciencia. Pero más allá de su uso cotidiano, la justicia tiene un espesor espiritual que atraviesa la historia humana y encuentra en el mensaje del Reino de Dios una dimensión que no siempre se comprende del todo. No es solo una idea legal, ni un sistema de premios y castigos: **es una forma de vivir, de mirar al otro, de ordenarse por dentro y de actuar hacia afuera.** Desde una perspectiva bíblica, la justicia no se limita a dar a cada uno lo que le corresponde según una norma. Va mucho más allá: implica restaurar lo que está dañado, levantar lo o el que se haya caído, y actuar con rectitud incluso cuando nadie está mirando. En ese sentido, la justicia no es fría ni mecánica; es profundamente humana, porque nace del corazón. Y aquí aparece una primera tensión interesante: todos pedimos justicia, pero **no siempre estamos dispuestos a practicarla cuando nos toca perder algo.** El mensaje del Reino de Dios propone una justicia que no se basa en la venganza ni en el cálculo, sino en la transformación interior. No se trata de negar la necesidad de leyes o de estructuras sociales —que son indispensables—, sino de reconocer que ninguna de esas estructuras puede sostenerse sin personas que vivan con integridad. Una sociedad puede tener el mejor sistema jurídico, pero **si sus ciudadanos actúan con egoísmo, corrupción o indiferencia, la justicia se vuelve una palabra decorativa.** Si hoy miro a mi alrededor ya sea en mis cercanías o lejanías, lo que veo es tal cual. Hay algo profundamente revelador en observar cómo la Biblia presenta la justicia junto con la misericordia. No son opuestas; se complementan. La justicia sin misericordia puede volverse cruel. La misericordia sin justicia puede volverse permisiva. El equilibrio entre ambas es lo que genera una vida sana. Es como cocinar: ponerle demasiada sal arruina el plato, pero sin sal tampoco tiene sabor a nada. La justicia es necesaria, pero necesita ser sazonada con compasión. En el plano social, la justicia suele discutirse en términos de derechos, de equidad y de distribución. Y está bien. Es necesario hablar de desigualdades, de oportunidades, de acceso a recursos. Sin embargo, hay una dimensión que a veces se deja de lado: la responsabilidad personal. No se puede construir una sociedad justa solamente señalando lo que otros hacen mal. La justicia también empieza en decisiones pequeñas: **decir la verdad cuando sería más fácil mentir, cumplir compromisos, no aprovecharse de la debilidad ajena.** Aquí es donde la fe en el evangelio del Reino aporta una perspectiva distinta. No se trata de imponer creencias ni de convertir la justicia en un discurso de tono religioso, sino de reconocer que hay principios espirituales que pueden enriquecer profundamente la vida social. Uno de ellos es que cada persona tiene valor intrínseco. No por lo que produce, no por su posición, no por su apariencia, sino **por su condición de ser humano.** Cuando esto se toma en serio, la justicia deja de ser una idea abstracta y se vuelve una práctica concreta: tratar al otro con dignidad. También hay que decirlo con claridad: la justicia no siempre es cómoda. A veces incomoda, confronta y obliga a revisar privilegios o actitudes. Es más fácil hablar de justicia cuando somos víctimas que cuando somos responsables. Pero el verdadero crecimiento ocurre cuando uno se anima a mirarse con honestidad. En ese sentido, la justicia tiene algo de espejo: **muestra lo que hay, no lo que nos gustaría que hubiera.**

Ahora bien, si la justicia fuera solo exigencia, sería agotadora. Nadie podría sostenerla. Por eso el mensaje del Reino introduce un elemento clave: **la gracia**. No como excusa para hacer cualquier cosa, sino como oportunidad para empezar de nuevo. La justicia divina no ignora el error, pero tampoco lo convierte en una condena permanente. Hay posibilidad de cambio, de aprendizaje, de restauración. Y eso, en términos humanos, es profundamente esperanzador. En la vida cotidiana, la justicia puede practicarse de maneras muy concretas. No hace falta esperar grandes escenarios. Por ejemplo, en el trabajo: ser justo puede significar no atribuirse méritos que corresponden a otros, o no perjudicar a alguien por conveniencia. En la familia: escuchar antes de juzgar, no aplicar “doble vara”, reconocer errores propios. En la convivencia social: respetar normas, cuidar lo común, **no buscar siempre el beneficio personal a costa del colectivo**. Un recurso práctico interesante es hacerse una pregunta sencilla pero potente: “¿Esto que estoy por hacer es justo para todos los involucrados?”. Puede parecer básico, pero muchas decisiones cambiarían si se aplicaran con sinceridad. Otra herramienta es desarrollar empatía activa: intentar ponerse en el lugar del otro no como ejercicio teórico, sino real. A veces, lo que parece justo desde un punto de vista deja de serlo cuando se considera el contexto completo.

Y aunque suene raro y hasta parezca absurdo, también hace falta un poco de humor en todo esto. Porque si uno se toma la justicia como una carga pesada, termina volviéndose rígido. La vida está llena de situaciones imperfectas, malentendidos y errores. Aprender a reírse de uno mismo —sin caer en la burla hacia otros— ayuda a mantener el equilibrio. Después de todo, **nadie, aquí en la tierra, es perfectamente justo todo el tiempo**. Y reconocerlo es, paradójicamente, un acto de justicia. Hay un aspecto más profundo aún: **la justicia interior**. No basta con actuar correctamente hacia afuera si por dentro hay resentimiento, orgullo o indiferencia. La coherencia entre lo interno y lo externo es clave. Esto no significa alcanzar una perfección imposible, sino vivir en un proceso constante de alineación. En términos espirituales, es permitir que los valores del Reino transformen la manera de pensar, sentir y actuar. En contextos sociales complejos, como los que atraviesa gran parte del mundo, la justicia suele convertirse en bandera de distintos sectores. Y está bien que así sea. Pero hay un riesgo: **que se convierta en una herramienta ideológica más que en un valor genuino**. Cuando la justicia se usa para justificar intereses propios o para deslegitimar al otro sin diálogo, pierde su esencia. **La verdadera justicia no necesita gritar más fuerte; necesita ser más coherente**.

Ser creyente en el evangelio del Reino en este contexto implica un desafío interesante: vivir la justicia sin caer en fanatismos ni imposiciones. Es posible sostener convicciones firmes y, al mismo tiempo, dialogar con respeto, escuchar otras perspectivas y reconocer que nadie tiene una comprensión absoluta de todo. La justicia, en este sentido, también es humildad. Al final del día, la justicia no se trata solo de grandes sistemas ni de discursos elevados. Se trata de personas. De decisiones concretas. De pequeños actos que, sumados, pueden generar cambios significativos. No es instantánea ni perfecta, pero es posible. Y cuando se vive desde una fe genuina en el Reino de Dios, deja de ser una obligación externa para convertirse en una expresión natural de una vida transformada. Quizás la mejor manera de entender la justicia es verla como un camino más que como un destino. Un camino que se recorre paso a paso, con errores y aciertos, con momentos de claridad y otros de duda. Pero siempre con la convicción de que vale la pena. Porque en un mundo donde muchas veces predomina la desigualdad, la injusticia y la indiferencia, cada acto justo —por pequeño que sea— tiene un valor inmenso. Y si en algún momento parece que la justicia no alcanza, que todo sigue igual o que los esfuerzos son insuficientes, conviene recordar algo simple: **la justicia no siempre produce resultados inmediatos, pero sí deja huella**. En las personas, en las relaciones, en la sociedad. Es como sembrar: no se ve el fruto al instante, pero con el tiempo, algo crece. En definitiva, la justicia, entendida desde una mirada espiritual y humana a la vez, es una invitación constante. A vivir con integridad, a tratar al otro con dignidad, a construir una sociedad más equitativa y a mantener una coherencia interna que dé sentido a todo lo demás. No es fácil, pero es profundamente necesario. Y, en última instancia, es una de las expresiones más claras de lo que significa vivir de acuerdo al corazón del Reino de Dios. Lo mismo sucede con otras palabras muy importantes que iremos examinando bajo esta misma luz. Y nunca olvidar que nosotros, los hombres, aun siendo hijos de Dios por Jesucristo, podemos ejercitar e implementar justicia con los claros y oscuros de errores o subjetividades. En todo caso, ante cualquier contingencia, el reconocimiento de esos errores, el arrepentimiento si cabe, el pedido de perdón y la humildad de actitud, nos llevará de la mano a la única palabra emanada del cielo que se

debe escribir con letras mayúsculas:**JUSTICIA.**

*Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments*

---